

DECIMA.

De la fama la trompeta
 Diga en tono vocinglero,
 Grande es *Agustín primero*
 Si se atiende á *Labarrieta*,
 Diestro pintor cual atleta,
 Lo pintó: y es evidente,
 Que en su concepto no miente;
 Pues copió con perfección
 Al mónstruo de la ambición,
 Al azote de la gente.

DIARIO DE VERACRUZ.

Lúnes 27 de Enero de 1823.

La siguiente PROCLAMA que corrió en México el 29 de Agosto próximo pasado, dá una idea del carácter y vicios del déspota Emperador Iturbide.

"CONCIUDADANOS: ¿qué esperais? ¿de qué os vale ser independientes de una Nación que reside á dos mil leguas, si sois realmente esclavos del infucuo tirano que regó nuestro suelo con la sangre de sus más ilustres campeones, y profanó la religión que ahora invoca, hasta el punto de celebrar una de sus primeras solemnidades, con el frío asesinato de 300 patriótas, cuyas sombras nos claman venganza? ¿qué dirá al ver sentado en el trono, al asesino sediento de horrores y de sangre, el alma pura de aquel sacerdote patricio, amigo

suyo, á quien él mismo hizo fusilar, al concluir de abrazarlo y de comer en su compañía? Pero ¿á qué recurrir á delitos pasados, para calificar la conducta de un miserable aventurero, infamado con las más torpes abominaciones, mal esposo, peor padre, hipócrita, jugador, tramposo, ladrón de caudales públicos y particulares, que perseguido por sus infinitos acreedores, y procesado en los tribunales, dió el grito de independendia, con el único objeto de huir de la justicia, y confundir sus crímenes; y á poco tiempo, no contento con el honor que se le dispensaba en permitirle la compañía de los buenos, le arrastró su depravado y ambicioso corazón hasta concebir el ominoso proyecto de atarnos al carro de su triunfo, con cadenas mil veces más duras que las que jamás intentarían ponernos nuestros opresores?

Nuestra causa es de todo el mundo, que justamente se escandaliza al ver convertida una revolución tan gloriosa en único provecho del triste satélite de Calleja, que por sus vicios, muertes y latrocinios, habia sido arrojado, no solo del servicio militar, sino aún de las sociedades que ménos cuidaban de su reputación. ¿Cómo consintieran los monarcas de la tierra que se hermanase con ellos un mónstruo que los envilecería á todos, no siendo digno ni aún del polvo que bien pronto ha de morder? ¡Y este mónstruo, hijo de los abismos nos exhorta á la paz, cuando pretende convertir en una vasta cárcel todo el territorio á donde se extiende su maléfico influjo! Los tiranos como él, han deseado siempre disfrutar en paz las delicias del mando absoluto, y llamaron paz á la soledad y al silencio de los sepulcros; pero nunca la encontraron en el corazón, sino que el más leve ruido los hace estremecer, y su sombra misma los espanta. Paz queremos y sabremos conservar con todos, menos con el tirano que nos oprime, y con sus infames secuaces que perseguiremos como á bestias feroces, hasta consumir su completo exterminio. No creas, pérfido Iturbide, que estamos divididos. Ya no resuena en los ángulos de este vasto territorio, sino un solo grito. Merced á la imprevisión de algunos, lo-

grastes con engaños y rastrerías, dividir los ánimos por un momento, y se te abrió el camino del Imperio: mas no son las mismas las circunstancias. ¿Presumias que la heroica Nación Mexicana sufriese por mas tiempo tus ultrajes? No alucinarás ni aún á los más rudos, cuando hablas de adhesión al sistema representativo constitucional, y de respeto á los derechos del pueblo, al mismo tiempo que publicar los inauditos atentados que acabas de cometer, privando de la libertad á centenares de hombres, de los más beneméritos, y atropellando el santuario de las leyes, para arrancar de su seno á nuestros representantes. Has hollado de un golpe la libertad individual, la inviolabilidad de los escogidos del pueblo y la soberanía de la Nación representada por el Congreso; y todavía pretendes que se consideren tan atroces crímenes como nuevas pruebas de tu religiosidad en cumplir los juramentos? Nunca puedes producir sino frutos propios de la escuela en que te criaste. Usas con la Nación de la misma política que usabas al burlarte de la imbecilidad y desamparo de las muchas vírgenes que violaste; en tus expediciones contra los patriotas. Protestabas no causarles ningun daño, cuando les arrebatabas la flor preciosa del pudor, y las hacias pasar del estado más noble, al más abyecto. ¿En qué concepto nos tienes, si piensas deslumbrarnos con supercherías de esta especie? Si esto haces cuando te dices Emperador constitucional, ¿qué harías cuando lo fuéses absoluto? Quieres que bebamos lentamente la copa de la amargura, porque sabes que horroriza la idea de un mando sin límites; pero si llegares á tener aherrojados á todos los que puedan defender nuestros derechos, y á esparcir el temor hasta hacernos enmudecer, entonces te quitarias enteramente la máscara, descubririas las fieras garras, te arrojarías sobre los caudales de todos, sin dejar al pobre ni aún lo preciso para su escasa subsistencia, saquearías las iglesias, sin perdonar los vasos sagrados, proscibirias á los más distinguidos ciudadanos, y organizarias la más espantosa tiranía que hayan conocido los mortales.

No ignoramos la fiereza con que constantemente has desobedecido las disposiciones del Soberano Congreso, ni hemos olvidado las repetidas tentativas que hiciste para disolverle y elevarte al trono, apoyándote hasta en el ridículo voto de las monjas, que decias te regalaban cetros y coronas de dulce, antes de que lo lograses por medio del vil sargento Pio Marcha y de la plebe más inmunda de la Capital. Si el Congreso te hubiera declarado públicamente traidor á su tiempo, como debió hacerlo, y lo hizo en efecto por aclamación en la sesión secreta del memorable dia 3 de Abril, no sufriríamos en el día, el cruel martirio de oírte decir que eres Emperador por el voto libre de la Nación. La sangre arde en las venas al oír semejante blasfemia, con la que no es sin embargo posible que causes ilusión á nadie, ni aún á tí mismo; pues sabes tú y sabemos todos, lo que pasó en la noche terrible, y en el dia triste en que se vió profanado el palacio de la Soberanía, y amenazados con puñales nuestros dignos representantes, por los perversos confidentes que armaste para que te ciñesen la diadema. No esperes que el pueblo mexicano sacie su furor con arrancártela de esas sienas impuras, sino que ha de hacer en tu persona el castigo más ejemplar y cruel, para que sirva de perpétuo escarmiento á los tiranos. ¡Y aún tienes la osadía de llamar malvados á los ciudadanos que más celosos por el bien de su Patria, son los primeros que arrostran los peligros, para salvarla de la más triste situación en que jamás se viera! ¡En vano pensaste disponer á tu arbitrio de las fortunas y vidas de los mexicanos! Tu ardiente sed de sangre, de dinero y de acatamientos no te ha permitido medir los pasos, con que era visto caminabas hácia la más horrible tiranía. Te has precipitado sobre la presa que intentabas devorar, y quedaron de manifiesto, aún para los más torpes, tus intentos. Ya eran conocidos aún de los pocos perspicaces, cuando se te vió engalanarte con los despojos de Godoy, poner en movimiento á todos los artistas, para adornar tu persona, y ambicionar inciensos, que no dá nunca el ciudadano

libre. Pero cuando ya fuiste Emperador, te olvidaste en un punto, de los bajos medios que te habian elevado á tan fausta altura, y llegó al colmo tu delirio. Te presentaste vestido de farsa para ser ungido, presumiendo que un acto de esta especie, pudiese legitimar la usurpación. Quisiste que te adorásen, y exigiste aún de tu mismo padre, humillaciones á que no se someten los más viles, con los déspotas de las más rancias monarquías de Europa.

Pero no es de admirar que exijas tanto, cuando has tenido el descaro de tratarnos mil veces de ingratos, como si debiésemos considerar por la mayor dicha, la ignominia de ser tus esclavos. ¡Desengáñate de una vez, hipócrita, infame! aunque el nombre de libertad se profanaba en tus lábios, cualquiera instrumento era bueno, con tal que sirviése al deseado fin de la Independencia. Mas ¡de qué nos sirviera ser independientes si no fuésemos libres! Así es, que con igual descisión, estamos expuestos á morir ántes de someternos á tu infucuo imperio. ¿Qué has hecho tampoco, para que te abrogues el dictado de libertador de la Patria? Tan gran ventura se debió en comun, á los esfuerzos de sus heróicos hijos. Diste un grito que estaba en la mente de todos, como el que yo doy ahora. Refiérenos si no, tus hazañas; pero mal pudieras hacerlo, cuando es notorio, que jamás emprendiste acción alguna, que espusiese tu persona, ó de que pudiese resultarte gloria. No posees más talento, que la indecente intriga, y las artes bajas en que te adiestraron las ramerías de la Capital: artes que no te hubieran conducido, sino al desprecio universal, á no haber tenido la dicha de vivir en medio de un pueblo esencialmente bueno, y no acostumbrado á juzgar á los hombres que pretenden figurar, en la grande escena del mundo. Aun tu Plan de Iguala, no es mas que un tejido de ridículas trivialidades, y las garantías, el sueño de algun fraile espantadizo. La Independencia estaba en todos los corazones: nadie atacaba la religión, y con la máscara de proteger la unión, tú mismo fomentaste, cuando te pareció convenia á tus

designios el ódio á los europeos, mal estendido todavía por tu sola culpa, en la infima plebe. Dígalo si nó, la infucua farsa de Toluca, que miraste como un medio de mover alarmas, que te facilitásen ceñir la corona. Díganlo las correrías de los capitulados que tú mismo promoviste, tambien con el objeto de empuñar el cetro del Imperio, único punto de tus miras, al que todo lo sacrificabas, y por el que has vertido cual otro Proteo, mil formas distintas; tan pronto afecto, como desafecto á los europeos, segun el viento que corría: supersticioso con los devotos, incrédulo y libertino con las personas de tu confianza: déspota por carácter, y liberal en tus discursos, por conveniencia.

Existen pruebas materiales de éstas y otras muchas traiciones que harán execrable tu memoria, á todos los siglos venideros. Acuérdate de tus infucas relaciones de amistad con el general español Cruz, de cuyo lado no querias separarte, por mas que el Congreso intimáse repetidas veces á la Regencia, que se le hiciese partir. Tramabas con él, pérfido intento de repornernos bajo el yugo extranjero, sino podias realizar tu favorito proyecto de hacerte Emperador absoluto. Estas tramas, dieron origen al movimiento de los capitulados, y variadas ya las circunstancias, cuando se verificó, aspiraste á más, y combinaste simultáneamente la infame acusación de los Diputados, en quienes más confiábamos, y el ataque que con fuerza armada, quisiste dar el 3 de Abril al Congreso, de cuya destrucción en vano te lisonjeaste por entónces. Debiste, al contrario tu salvación, á la excesiva bondad de uno de los patriotas que ahora tienes preso. No solo no has trabajado por la Independencia y libertad de tu Patria, sino que has estado siempre dispuesto á vendernos, á falta de otro medio, para tu engrandecimiento. Las madres enseñarán á sus hijos á maldecirte; y la historia de tus iniquidades, servirá de aviso á las generaciones futuras, para que nunca juzguen á los hombres, sino por su conducta constante, pública y privada, ni pongan su libertad en manos de uno solo, por mas servicios que se le deban.

Armaos todos, conciudadanos, antes de que el tirano os ate las manos con que habeis defendido los derechos de vuestra Patria. Jamás se vieron mas hollados que ahora, ni se disfrutó de ménos libertad entre nosotros. Bien pronto, no nos serán permitidos, ni aún los suspiros que involuntariamente arranca el dolor. Se pretenderá que suframos con semblante risueño, las más atroces injurias, y seis millones de almas, se verán reducidas á la triste suerte, de ser gobernadas como una manada de ovejas, sin más arbitrio, que obedecer ciegameute á la menor señal del señor. Tal es el peligro que os amenaza, mis queridos conciudadanos. No os lo exajero; es ménos temible el despotismo en otras naciones, donde antiguos usos y costumbres, tienen ya formada la moral del Gobierno y el Monarca nacido para el trono, y en pacífica posesión de él, no abriga ordinariamente sentimientos dañinos; pero en ninguna se ha realizado todavía el bárbaro problema de que uno solo lo sea todo, y los demás nada, pues nunca han faltado Juntas de grandes, Consejos, Parlamentos ú otras instituciones, que aunque defectuosas, moderan el poder; y aún en Turquía, no manda el gran Señor, sino sus visires, y la opresión pesa mas bien sobre los mandarines, que sobre el pueblo.

Mas nosotros no tenemos ni estos tristes recursos. Ya van á abolirse las formas protectoras de la inocencia en los juicios, y se nos entrega cual pueblo rebelde, á los consejos de guerra de un conquistador feroz; se arruina la Nación con medidas antieconómicas; se destruyen con préstamos forzosos, los cortos capitales que pudieron salvarse del naufragio general de las fortunas: se impide la ilustración, prohibiendo abiertamente la entrada de libros: se quebranta la fé pública, y se revela el secreto de las familias, abriendo las correspondencias: se fomenta el espionaje más horroroso: se obliga á emigrar á los hombres de bien que pueden sernos útiles: se ahuyentan de nuestras costas á los extranjeros: se desacredita nuestro nombre en todo el globo, y se

nos dispone á que positivamente seamos presa de cualquiera nación emprendedora.

La obra de la iniquidad está consumada. No hay mas que aguardar. ¡turbide! El dia de las venganzas se aproxima: bien lo ves acercarse: ya no disfrutas del sueño que la naturaleza concedió á todos los mortales, por perversos que sean, para descanso de sus fatigas: las furias son tus únicas compañeras: tu bárbaro decreto para que aprehendan á los comandantes militares, á cualquier ciudadano, solo por los indicios que presta la voz pública, acerca de sus opiniones republicanas ó peninsulares, es ya la agonía de la desesperación. Se diría que eramos una horda de seres estúpidos y embrutecidos y sin sentimiento alguno de honor, si permitiésemos, que un hombre extraido del polvo, y cubierto de ignominia, destruyése impunemente de un soplo, la obra que tanta sangre nos ha costado, y sometiésemos pacientes nuestras services, á tan pesado yugo, como el que se pretende imponernos. ¡Y aún más se diría, si pudiésemos ser fríos espectadores del ultraje de nuestros representantes, en cuyas personas se insulta á la Nación entera! ¡Beneméritos conciudadanos! ¡padres del pueblo! ¡dignos hijos de esta cara Patria! ¡Acaso ya habreis sido mártires de vuestra lealtad, por el hierro y el veneno, en los encierros donde el déspota os ha sepultado! ¡Pero tiembla Nerón infame! Si mil vidas tuvieses, todas te las quitásemos del modo mas lento é inhumano, sin dar la menor tregua á tu tormento. No quedaría aún satisfecha la vindicta pública. Al leer este escrito, patearás el suelo, te arrancarás tus pobres cabellos, te agitarás como un furioso, y no encontrarás tu imaginación, partido en que fijarse. ¡Ciudadanos! Todos estamos estrechamente obligados á defender las personas y propiedades de aquellos á quienes dimos poderes para establecer las bases de nuestra felicidad. De otro modo, ó no pudieran llenar su misión, ó serían inocentes víctimas que habriamos enviado al sacrificio. El que no pueda armarse, debe contribuir á la defensa del Congreso, y á la salvación de la

Patria, con sus caudales, escritos, consejos, ó de cualquiera otro modo. Es indigno del nombre mexicano, el que no lo haga; ni entiende sus intereses, porque cuando todo se arriesga, es de mirarse con indiferencia el sacrificio de una parte.

Os presento con la mayor premura, mis queridos conciudadanos, el cuadro rápido de nuestras desgracias, al mismo tiempo que me preparo á huir de mi casa, abandonando mi familia é intereses, y resuelto á perecer antes que sucumbir á la tiranía del hombre indigno que pretende apropiarse esclusivamente el fruto de los esfuerzos de nuestro patriotismo. Tengo el alto honor de haber estado siempre bajo las banderas de la libertad. Arrostré los destierros y los peligros, sin más ambición que la de servir á mi Patria. No aspiré solo á que fuésemos independientes, sino también á que se fijase nuestra libertad, sobre bases que no pudiesen destruir el tiempo ni los hombres. Léjos de haberlo conseguido, nos vemos amenazados de la más ominosa opresión que nunca experimentáramos, y ya principiamos á sentir sus efectos. La paciencia de la Nación, ha debido apurarse. Voy á sacrificarme si la suerte así lo dispone. Alguno ha de ser el primero que se levante, en defensa de tan sagrada causa.

No creo serlo, pues apura de tal modo el peligro, que sin duda me habrán otros precedido en tan glorioso designio; mas no quiero tampoco ser el último en clamar, viva la Nación, y muera Iturbide. México, 29 de Agosto de 1822."

DIARIO DE LAS PRINCIPALES OCURRENCIAS DE MÉXICO.

Abril de 1823. *Mártes de Pascua 1^o (Buen dia en la mañana, turbio en la tarde.)*

Hoy se han electo los suplentes del Poder Ejecutivo, y lo han sido D. Mariano Michelena (Coronel) y el Lic. D. Miguel Dominguez. La elección fué muy disputada aunque hecha nominal y por cédulas. A Michelena le disputó el nombramiento el Conde de Casa de Heras, y á Dominguez, el Lic. D. Benito Guerra. El Conde era tan digno como que en la subscripción privada de dinero que se hizo para proteger el ejército libertador, dió la enorme cantidad de cien pesos, y en calidad de préstamo. Cuando la Independencia, suplió 40 mil pesos á Iturbide; pero como el gato escaldado huye de la agua fría, huyó ahora el tal Conde de meterse en nuevas andamas, aunque el partido de Don José María Fagoaga hizo poderíos por plantárnoslo de patitas. A las dos de la tarde, prestaron el juramento en el Congreso, conducidos por el General Negrete. Concluido el acto, unos á otros los circunstantes, se dijeron..... *Ya tenemos Gobierno.* Esta sola expresión, bastó para sacar muchas lágrimas á los que la oyeron. ¡Qué sé yo que tiene de dulce y atractivo todo lo que dice relación al bienestar de los hombres en co-